

de juzgarle ingrato, dirigió la vista hácia las nuevas personas que entraban, y al descubrir á Clotilde del brazo de Nuñez, sintió discurrir por todos sus miembros un frio mortal.

Pensó que aquella hermosa jóven era la que le habia robado el corazon de su amante, y el pecho se le oprimió de una manera horrible.

Hasta entonces solo habia sospechado que la olvidaba por otra; pero aquella sospecha iba siempre endulzada con una ligera esperanza, que ahora desaparecia ante la que juzgaba realidad, desengaño de su ingratitud. . . . ¡olvido!

Esta terrible idea le hizo estremecer en la silla, y casi le privó de la respiracion.

La infeliz vió desaparecer en un solo instante hasta el último vislumbre de esperanza que le presentaba como realizable lo que la razon le hacia mirar como imposible.

El dueño de la casa se adelantó á recibir á la hermosa Inés y á Clotilde, y las condujo adonde estaba ya la señora de pié, esperándolas.

Terminados los saludos que la buena educacion ordena, Inés y Clotilde tomaron asiento, y Nuñez se colocó al lado de ellas en una silla que estaba sin ocupar.

Soledad se puso pálida al creerse olvidada por el hombre que amaba, á pesar de juzgarle infiel; pero en vez de sentir hácia él rencor ó despecho, sintió que le amaba mas y mas, y que se interesaba en verle feliz aun á costa de su dicha.

¡Cuán léjos estaba la infeliz de imaginarse siquiera que nada habia para aquel hombre que juzgaba infiel, mas que el amor de ella. . . .! de ella que era la misma Adela que él buscaba, y por quien se presentaba inconstante y perjuro á los ojos de la supuesta Soledad.

Nuñez, que por una fuerza irresistible que le arrastraba hácia la mujer que amaba, dirigió la vista al sitio en que se hallaba, se encontró con la mirada de la melancólica jóven, y tratando de reponerse de la profunda emocion que experimentó al sentirse herido por la luz de sus divinos ojos, volvió los suyos hácia Clotilde, y le preguntó.

—¿Y no ha venido el señor Landeta?

—Sí señor; nos acompañó hasta la puerta de la calle, y volverá dentro de un instante.

—¿Y nada les ha dicho á vdes. con respecto á la visita que le hice esta mañana?

—Nada; pero mi excelente protectora y yo oímos cuanto pasó entre vdes., y sentimos mucho que se empeñase en no escuchar la verdad que vd. se proponía revelar.

—No importa. Yo tengo esperanza en que triunfará la inocencia, y mientras el corazón de vd. se mantenga firme en su amor como el de mi amigo Leopoldo, nada hay que temer.

—¡Siempre!

—¡Oh! Vd. es digna de la profunda pasión que inunda el corazón de Leopoldo.

—¿Y le entregó vd. mi lazo?

—Y lo besó con delirio; como besa la playa en que llega á poner el pié el desgraciado náufrago despues de haber luehado con las olas en que creyó morir.

—¡Cuánto siento que no haya venido!

—¡Y él lo sentirá tanto como vd., cuando

sepa que el ángel de su amor ha concurrido á este sitio.

Durante el corto tiempo de esta conversacion, que nadie mas que ambos conocia, Soledad sentia morir de dolor y de tristeza. Su corazón le decia que cada palabra que pronunciaban los labios de Nuñez y de Clotilde, era un juramento de amor y de futura felicidad.

¡Oh! aquel era un continuo tormento para la infeliz, y hubiera vuelto con gusto á su casa, si no hubiera sido por temor de disgustar al señor Flan, á quien tantos favores y atenciones debia.

Por fortuna, era hora ya de que se tocase alguna pieza, y el dueño de la casa, acercándose adonde estaba Nuñez, le dijo:

—A vd. precisamente buscaba. Ha llegado el momento en que vd. se digne favorecernos tocando la pieza que tiene vd. dispuesta.

—Con muchísimo gusto.

Dijo Nuñez levantándose, y se dirigió al piano con aire simpático, natural y franco. El corazón de Soledad respiró libremente

al ver que se alejaba de la hermosa Clotilde.

Núñez se sentó airosamente, se quitó sus blancos guantes de cabritilla, los colocó á un lado, y recorrió el teclado, preludiando el tono, con una limpieza y dulzura, que arrancó una exclamacion de asombro.

Soledad prestó una atencion extrema desde la primera nota.

La pieza era una *Miscelánea* sobre los principales temas de varias óperas; composicion del mismo Núñez; pieza que reunia á las mas grandes dificultades del arte, un gusto delicado.

La composicion dió principio con una fantasía sobre temas del Pirata.

Núñez logró atraerse la atencion de todos no bien dió al viento las primeras armonías. Su ejecucion era limpia y clara, vigorosa su pulsacion en aquellos pasajes que lo exigia el sentido de la pieza, y dulce, tierna y expresiva cuando lo reclamaba el pensamiento delicado que entrañaba la música, logrando de esta manera transmitir al

corazon de los oyentes las distintas afecciones que con tanto acierto expresaba.

Soledad estaba profundamente conmovida.

Aquella pieza se la habia oido tocar en época mas feliz y risueña que la que cruzaba, y los tristes recuerdos que las notas evocaban, hicieron asomar á sus azules ojos algunas lágrimas.

El jóven pianista, excitado á su vez por las ideas de amor que despertaban en su corazon aquellas melodías que habia consagrado al escribirlas á su querida Adela, se excedió á sí mismo, y dominado por el entusiasmo que le inflamaba, dominó el difícil instrumento.

Al tema del Pirata siguió el del *Elixir de Amor*, tocando con un gusto y una limpieza asombrosa, tanto las variaciones escritas en octavas y en las cuales recorria todo el teclado sin dejar de dar una nota, como las escalas cromáticas ejecutadas con la mano izquierda, en tanto que con la derecha expresaba clara y limpiamente la

parte cantante en posiciones difíciles en que tenía que dar armonías de tres y cuatro notas á la vez. De repente dejó de hacer uso de la mano derecha, y repitió solo con la izquierda lo que había tocado con ambas, destacándose tan claramente la parte cantante del difícil acompañamiento, que todos fijaron la vista en el teclado para convencerse de que no hacía uso en aquel instante de las dos manos.

Pero nada asombró, nada llamó de una manera tan particular la atención de la concurrencia como el *Carnaval de Venecia* que agregó para terminar, á los temas de ópera, y que tan difícil es de expresarse en el piano por las frecuentes ligaduras que solo el violin las puede decir con toda la dulzura que requieren. Sí; en esta parte llegó al colmo el entusiasmo, porque venciendo Nuñez todas las dificultades, dió las expresadas ligaduras con tan diestra perfección, é hizo con tanto acierto uso de los pedales, que expresó perfectamente aquel grotesco diálogo entre el barquero y la veneciana.

El último compás de la difícil pieza fué

acompañado de multitud de *bravos* y de un prolongado aplauso general.

Nuñez se levantó de su asiento, y todas las miradas se fijaron en él.

La mayor parte de los jóvenes, gente galante y fina, corrió á darle el parabien y á estrecharle la mano.

Las señoras, por su parte, admiradoras siempre del verdadero mérito, asociaron su nombre á la conversacion, y le tributaron los elogios á que era acreedor por su relevante mérito.

Nuñez recibió los plácemes con la modestia del hombre de verdadero saber.

Era una ovacion completa la que había alcanzado.

Cualquiera, al verle objeto del aprecio general, le hubiera creído el hombre mas feliz de la tierra; pero el ojo del observador hubiera descubierto bajo la afable sonrisa con que daba las gracias á sus admiradores, que una sombra de melancolía velaba su semblante, seguro indicio del dolor oculto y de la profunda pena.

Y en efecto, Nuñez padecía, y padecía horriblemente.

Por mas que habia hecho por desterrar de su mente la imágen de Soledad, su dulcísimo canto habia conmovido las fibras mas delicadas de su corazon.

Toda la noche habia visto en ella la semejanza de Adela, su angélico rostro, su virginal sonrisa.

Habia sentido y aun sentia subyugada su naturaleza por el irresistible atractivo de aquel sér de contornos celestiales, mientras su conciencia y su razon le normaban la conducta de fidelidad hácia la jóven á quien habia jurado amar toda la vida.

Nuñez habia vuelto á ocupar el mismo asiento junto al balcon en que le vimos al principio.

La lucha interior que sostenia entre sus inclinaciones y su felicidad, le tenian inquieto y violento.

Sentia subyugado su corazon hácia la hermosa Soledad, y no se atrevia ni aun á mirarla, temiendo olvidar á Adela.

La nueva que habia escuchado de Félix

de que aquella jóven amaba, le causó una impresion dolorosa. Desde que imaginó que su corazon era de otro, Nuñez sintió un agudo dolor, una inquietud, una profunda pena que temia comprender lo que significaba, pero que estaba convencido que se aproximaba á un amor vehemente que él mismo habia dado causa para que no fuese correspondido.

Esta situacion de Nuñez era terrible, violenta.

Estaba inquieto, sin saber qué postura adoptar.

La atmósfera de aquella sala le ahogaba, le oprimia el pecho.

Soledad, que no habia perdido ni uno solo de los movimientos de aquel hombre, y que habia leído en su rostro el sufrimiento y el dolor, padecía al no poderle proporcionar el consuelo á sus penas.

Creyó que Clotilde, á quien juzgó objeto del amor de Nuñez desde que le vió entrar en la sala con éste, era indiferente á la passion del sér que ella idolatraba, y la generosa jóven sintió como propios los padeci-

mientos del hombre que ocupaba toda su alma.

Núñez entre tanto luchaba con los sentimientos que se levantaban en su corazón.

Conocía que permanecer por más tiempo en aquel sitio era estar en un continuo tormento.

Mil y mil veces le asaltó la idea de acercarse á Soledad para tener con ella una explicación sobre la incalificable conducta que había usado con ella no volviendo á pasar por su calle, pero otras tantas desistió de ella, temiendo no tener suficiente fuerza para resistir á los hechizos de la que no cedía en belleza á la mujer á quien debía ser fiel hasta la muerte.

Y al fin, avergonzado de su debilidad, y queriendo romper el yugo á que se veía encadenado, llamó á la razón en auxilio de sus deberes, y se levantó de su asiento.

—Huyamos—dijo para sí—de esta sala. ¿Qué tengo yo que ver con esa joven hechicera....? ¿No ama á otro....? Y aun cuando así no fuera, aun cuando me pertenece-

se su cariño, ¿debo yo amar á otra que á mi querida Adela....?

Y antes de que otra idea le dominase, se dirigió al sitio que ocupaba la dueña de la casa para despedirse de ella.

—¿Tan pronto nos deja vd?

—Bien á mi pesar:—contestó Núñez.—Pero la palabra dada á un amigo, que me espera en este momento, me priva del placer de continuar gozando de tan agradable reunión.

—Y además de la palabra empeñada á la amistad—dijo la señora sonriendo con dulce afabilidad;—¿no hay otra causa poderosa que reclama su ausencia?

—¿Qué otra puede existir?

—La fidelidad jurada á su futura; pues me han asegurado que no la ofende vd. ni por pensamiento.

Soledad que, como hemos dicho, estaba junto á la dueña de la casa, se puso pálida como la muerte.

—Al menos tal es mi intención;—contestó Núñez con sinceridad:—la amo con todas

las veras de mi alma; y antes me faltará la vida, que á la mujer que amo mi fidelidad.

Cada una de estas palabras fué un dardo agudo que traspasó el sensible pecho de Soledad.

—Eso es pensar con juicio y honradez.

Le dijo la señora tendiéndole la mano.

Núñez se despidió afectuosamente de ella: se acercó luego á Inés y Clotilde, con quienes cruzó algunas atentas palabras, y haciendo una galante inclinacion á las demas señoras, se salió sin haber dirigido la vista á la desventurada Soledad.

La infeliz jóven creyó morir de pena: el corazon se le oprimió dentro del pecho, y poco faltó para que cayese sin sentido por la falta de fácil respiracion.

—¡Luego no es á esa señorita Clotilde á quien ama!—Pensó interiormente.—¡Oh! ¡y el ingrato no ha tenido siquiera una mirada de compasion para mí...! Pero ¡no importa! mi amor y mi cariño son mas grandes que su ingratitud...! ¡yo le perdono todo el mal que me hace, y anhelo su felicidad...! ¡Ah! ¡quién será la mujer afortunada por quien

me olvida, y hácia la cual, como ha dicho, antes le faltará la vida que la fidelidad!

Y la jóven quedó abatida.

Entre tanto Núñez, satisfecho del sacrificio que creia hacer por Adela, salió á la calle, acariciando dentro del bolsillo del sobretodo la pistola que le habia dado D. Juan, y que oprimia en la mano, dispuesto á hacer fuego sobre Willey, tan pronto como se le presentase.

No bien habia puesto los piés fuera de la puerta de la calle, cuando vió detenerse á un hombre junto á uno de los coches de las personas que habian concurrido al concierto.

Núñez hizo alto, y preparó la pistola, por si era Willey que le aguardaba.

Pero el hombre no reparó en él, y siguió examinando el coche junto al cual se habia detenido.

Núñez se acercó sin ser visto cerca de él, y se ocultó detras de la caja del mismo carruaje para observar.

El hombre pareció quedar satisfecho de

su exámen, y exclamó casi entre dientes, bien ageno de creer que era escuchado.

—Este es de Landeta el coche: ¿gestará aquí Clotilde Landeta?

Núñez que habia reconocido al hombre que acababa de pronunciar aquellas palabras, contestó en alta voz:

—Dios tu ventura decreta,
Leopoldo amigo, esta noche:
este es de Landeta el coche:
está Clotilde Landeta.

—¡Núñez!

Exclamó el hombre á quien se dirijia aquella cuarteta, corriendo á abrazar al que la habia improvisado.

—¡Venia vd. al concierto, Leopoldo?

—No; marchaba hácia mi casa, cuando me detuvo la vista de ese coche, que me pareció de Landeta.

—Pues no se ha equivocado vd.

—¡Cómo.....? ¿Está Clotilde en el concierto?

—Sí; y hemos hablado de vd., y recibiria indecible placer si le viese á vd. en él.

—¿Y D. Emilio?

—No vino mas que acompañarlas, y se fué para volver por ellas.

—¿Es decir que están solas?

—Solas.

—¡Ah.....! voy á subir á verlas.

—¿Trae vd. billete?

—Por casualidad llevo en el bolsillo el que me enviaron esta mañana.

—Pues vuele vd.

—¿Y vd. no sube?

—Seria muy impropio despues de haberme despedido de los dueños de la casa.

—Tiene vd. razon: pues hasta luego, Núñez.

—Hasta luego, amigo mio.

Y Leopoldo llamó á la puerta; entregó el billete, y subió á toda prisa la escalera, con el corazon inquieto y lleno de indecible dicha porque iba á ver, á hablar á la mujer que idolatraba.

¡Hacia tanto tiempo que no gozaba de esta dicha!

Al subir el último escalon y dirijirse hácia la sala en que iba á encontrar al objeto

amado, el corazón le saltaba fuertemente dentro del pecho.

En el murmullo de voces que se oía desde afuera, creía escuchar claramente la voz de su amada que le hacía estremecer de gloria.

Dejó el sombrero y el abrigo en una pieza destinada á guardarropa.

Luego, acordándose de que Clotilde llevara alguna flor, lazo, ó cinta parlante en su adorno, como habían convenido en llevar siempre ambos para poderse manifestar su afecto en caso de que la casualidad les hiciese encontrarse en cualquier parte, se acercó á las macetas que adornaban el corredor, y cortó una siempreviva que la colocó en el ojal de la levita.

Hecho esto penetró en la sala.

Buscó con ojos ávidos al objeto de su amor.

Y pronto su vista se encontró con la de Clotilde que tenía clavada la suya en él desde que asomó á la puerta de la sala.

La grata y profunda emoción que ambos

sintieron en aquel delicioso instante es indecible.

Los afectos íntimos del alma se sienten, no se explican.

Leopoldo se adelantó henchido de placer á saludar á Inés y á Clotilde.

Al estrechar la mano de ésta, vió que la hermosa llevaba prendida al pecho la bella flor del pensamiento, y le envió una mirada de gratitud y de pasión intensas.

Clotilde correspondió con otra que entrañaba iguales sentimientos al notar la siempreviva.

En ésta le juraba Leopoldo *amor eterno*: le decía que se *acordaría de ella eternamente* y que *siempre viviría en su corazón*.

Por su parte la joven le hacía ver en aquel *pensamiento*, que le *adoraba como á un ser del cielo*.

¡Qué mas podían desear aquellas dos almas que habían nacido la una para la otra!

Inés, que cifraba su ventura en la felicidad de su protegida, miraba á los dos jóvenes con fraternal cariño.

Leopoldo iba á dirigir á la hermosa her-

mana de Landeta algunas palabras, cuando se escucharon las primeras notas de la introduccion de una ária que iba á cantar la desventurada Soledad.

Todos guardaron el mas profundo silencio y se dispusieron á oír.

Leopoldo hizo una inclinacion de cabeza á Inés y á Clotilde, y fué á sentarse en el sitio que ocupaban algunos jóvenes.

Desde allí podia tener fija la vista en el objeto de su profundo amor, de quien no apartaba los ojos.

Soledad, que estaba conmovida con el recuerdo de la ingratitud de Nuñez, empezó á cantar con una expresion y un sentimiento que conmovian.

Todos la escuchaban admirados.

Todos, excepto el hombre único á quien ella hubiera querido agradar y conmover.

El hombre á quien juzgaba el mas ingrato del mundo, y que, sin embargo, le amaba con todo su corazon.

Entre tanto el canto era cada vez mas tierno, cada vez mas apasionado.

Clotilde y Leopoldo, conmovidos por

aquella música expresiva, se miraban embriagados de amor.

¿Y Nuñez?

¿Qué habia sido de él?

¿Le habia esperado en efecto el doctor como habia temido D. Juan?

Hasta ahora solo nos es permitido decir que al separarse de Leopoldo, satisfecho del sacrificio que hacia por Adela en renunciar al concierto donde estaba la que él creia la exacta semejanza de ella, echó á andar al instante, acariciando dentro del bolsillo del sobretodo la pistola que le habia dado D. Juan, y que oprimia en la mano, dispuesto á hacer fuego sobre Willey, tan pronto como éste se le presentase.

¿Qué pasó despues?

Los acontecimientos siguientes darán contestacion á la pregunta.